

CAPÍTULO XXI

ALEMANIA.

La paz de Westfalia (1648-49) concernía más particularmente á la Alemania. Concluyó una guerra que habia destruido las dos terceras partes de su poblacion, no tanto por el hambre como por el hambre y los sufrimientos; que habia fomentado la inmoralidad con continuos movimientos de soldados, subvertido el orden, la propiedad, la justicia; educado á la juventud en medio de trastornos y terrores, de la necesidad de la defensa y de la impetuosidad del ataque. Así fué que una nueva barbarie parecia deber ser el resultado. La paz llegó á detenerla, pero fueron precisos grandes esfuerzos para que los príncipes y los pueblos pudiesen reponerse. La Alemania cesó de estar á la cabeza de la Europa, y no marchó á la par con las demás naciones por la senda de la civilización.

No permaneció, sin embargo, extraña al movimiento general del siglo xv hácia la unidad; y si no obtuvo la monarquía, consiguió una confederación basada sobre reglas estables. Ahora bien, asegurando el nuevo tratado los derechos violados primero por Carlos Quinto en la guerra de Sajonia, después por Fernando II en la de los Treinta Años, consagró el triunfo del Imperio sobre el emperador, hasta el grado de ser independiente el primero del segundo, y tener su soberanía reconocida cada uno de los numerosos Estados que se habian separado y que la componian. Además se sancionó la desconfianza, los principados protestantes se agrandaron con la secularización de los bienes eclesiásticos, y la independencia de los diferentes miembros del cuerpo germánico obtuvieron por garantía la protección de la Francia y de la Suecia; intervencion funesta que espuso el país á las intrigas de fuera, y le arrastró á guerras extrañas á los intereses nacionales.

El Imperio comprendía entonces trescientas cincuenta soberanías de diferente grandeza y especie,

feudales, eclesiásticas, municipales, católicas, protestantes; cincuenta las poseian los electores, duques, condes, landgraves y burgraves; ciento veinte y tres eran regidas por arzobispos, obispos, abades, grandes maestros, priores y abadesas, sin contar mil quinientas tierras inmediatas, comprendidas en los catorce cantones ecuestres. De los países inmediatos doscientos noventa y seis eran Estados de Imperio (1), partícipes de la soberanía. Se redujeron á sesenta y dos las ochenta y cinco ciudades del Imperio, gobernadas de un mismo modo, que habian florecido uniéndose, por lo que se decía: «Un rey de Escocia se daría por muy satisfecho con tener una casa como la de un habitante de Nuremberg,» cuando Estrasburgo y Aquisgram armaban veinte mil soldados. Pero á la sazón yacian muchas arruinadas y todas deterioradas: las anseáticas se declararon incapaces de atender á los gastos de la alianza, y algunas se sometieron á príncipes; otras languidecieron en su independencia, sin recobrar nunca su antiguo lustre; y esto con detrimento de la autoridad imperial, cuyas ciudades libres eran el principal apoyo.

El emperador Maximiliano llamaba al Rhin la *calle de los Sacerdotes*, porque en sus orillas se encontraban las residencias de los príncipes eclesiásticos, entre quienes los electores de Colonia y Maguncia ocupaban aun el primer lugar, y después de ellos el de Tréveris. El arzobispo de Salzburgo tenia uno de los más inmensos territorios; contribuía, pues, al ejército con sesenta caballos y doscientos setenta y siete infantes como los electores,

(1) Reichsstände. Comenzó á usarse esta palabra en el siglo XIV para indicar príncipes, señores y nobles. Véase PUFFENDORF, *Historia del Imperio alemán*. Estrasburgo, 1728. HEISS, *Historia del imperio*, Paris, 1731.

el obispo de Munster podía reclutar hasta veinte mil en sus guerras particulares; los obispos de Wurtzburgo, Bamberg, Lieja, Paderborn, Hildesheim, de cinco á diez mil; añádase á esto el gran maestre de la orden Teutónica, y los cuatro abades que asistian al trono, de Fulda, Kempten, Murbach y Weissenburgo.

El subsidio que se pagaba al emperador con el título de *envíos romanos*, porque se repartía segun las fuerzas que cada uno debia proporcionarle cuando iba á Italia para su coronacion, era inícuo desde que se habian alterado las proporciones. Los cuarenta mil hombres que tenia el emperador bajo el mando de dos generales, el uno católico y el otro protestante, se reclutaban de una manera absurda. En efecto, algunos condados ó principados de la Suabia ó de la Franconia, no contribuian más que con un hombre, otros con un teniente sin soldados y hasta con un tambor. Con respecto á caballos, enviaban los que ya no podian trabajar.

El predominio de la casa de Austria que unia á la corona imperial el archiducado de Austria, la Estiria, la Carniola y la Bohemia, habia sido limitado por el establecimiento de una barrera de pequeños príncipes envidiosos. Una rama de familia Palatina poseia el Palatinado; la otra poseia la Baviera, y además habia adquirido la dignidad electoral, á la cual unia una especie de protección con respecto á los principados eclesiásticos, la que convertía en patrimonio de sus hijos segundos. En la primera categoría entre los príncipes protestantes figuraban las casas electorales de Sajonia y Brandeburgo, y esta última, que habia reparado con prontitud sus desastres, anunciaba ya su próxima grandeza. En un grado inferior estaban las casas de Brunswick, Luneburgo, Wurtemberg, Hesse, Holstein, Baden y Mecklemburgo.

El derecho de contraer alianzas entre sí y con los extranjeros hizo que los poderosos absorbiesen á los débiles. Habiéndose entendido el obispo de Munster con el Austria, sometió su ciudad. El de Maguncia con el apoyo de los franceses, ocupó á Erfurt; los condes de Brunswick hicieron otro tanto con la ciudad de este nombre. La casa de Brandeburgo arrebató su independencia á la ciudad de Magdeburgo; recordando además á Carlos Quinto y á la intolerancia de Fernando I, consideraban á la Francia como su único baluarte contra la tiranía.

El reconocimiento de los derechos de aquellos diferentes Estados hizo que se ejerciesen con más osadía. Orgullosos los príncipes con su soberanía territorial, querian desplegar un fausto real, á pesar de la miseria del país. Como la dieta de 1653 habia establecido que los vasallos y los súbditos de los diferentes Estados contribuyesen al sosten del ejército y de las fortalezas, los príncipes dedujeron la prerogativa de cobrar los impuestos, sin el asentimiento de los Estados del país: en consecuencia de esto gravaban á sus súbditos. Ahora bien, la dieta de Ratisbona impuso á éstos la orden de con-

formarse á los tratados y alianzas que cada príncipe creyese útil verificar; añadiendo que ni la cámara ni el consejo áulico podian atender á sus reclamaciones. Entonces las propiedades no podian decirse absolutas, porque los príncipes añadian á sus antiguos derechos señoriales nuevas cargas para sostener el ruidoso lujo de la corte.

Los mejores príncipes se esforzaban en asegurar los desquiciados principios de la moral y despertar la enseñanza, descuidada hacia mucho tiempo. Las tierras que se procuraban á un precio muy bajo para cultivarlas, producian el bienestar y ponian á la población en estado de reparar sus pérdidas. La nobleza guerrera, que habia sobrevivido en Alemania más que en otra parte, fué á buscar honores á las cortes, ó á consumirse en la ociosidad de los castillos; se adornó con las modas extranjeras, despreció la lengua nacional, y el lujo á que se acostumbró llegó á ser desastroso, pues todo procedía de fuera.

Resultó del cuidado que se habia tenido en determinar las relaciones recíprocas de los Estados hasta en sus menores detalles, que las formalidades llegaron á ser fundamentales para la nacion alemana y para los hombres públicos, y que todo adoptó una marcha exacta pero lenta y cansada. El sentimiento nacional que en las monarquías anima á la aristocracia, se habia extinguido, y cada Estado queria ser una imagen del Imperio. Así fué que en lugar de una nobleza dispuesta á gloriosos sacrificios apareció otra, no libertina como en Francia, ni mercantil como en Inglaterra, sino cortesana, política, idólatra de las formalidades. El espíritu militar no se conservó sino en el Austria; y en Bohemia, por la guerra con los turcos, y en el Brunswick por una casualidad particular.

El jefe de Alemania, emperador romano, siempre augusto y con otras cualidades que nunca ha tenido más que de nombre, se hallaba reducido á muy pocas prerogativas, como la de conferir títulos de nobleza; los verdaderos derechos de soberano, es decir, los asuntos relativos á la legislación, la paz, la guerra y la administracion general, no podia ejercerlos sino de acuerdo con los Estados. La alta inspeccion de los tribunales del Imperio se habia abolido por la costumbre; el arzobispo de Maguncia, como gran canciller, tenia el derecho de nombrar el vice-canciller, sin el cual nada podia hacer el emperador.

La dieta tenia la autoridad suprema; y podian tomar parte en ella todos los Estados, débiles ó fuertes, divididos en tres colegios: de electores, de príncipes, de ciudades. A los siete electores se habian añadido los de Baviera y de Hannover, y luego aquél fué reunido al Palatino. Estos elegian al emperador, y le dictaban las condiciones; el emperador tenia obligacion de consultarles; pero ellos podian reunirse sin él y deliberar acerca de los negocios públicos; los reyes los trataban de hermanos, y el emperador de tíos y sobrinos. Cuarenta y seis eran los príncipes que formaban el se-

gundo colegio repartidos en clases, y con diversos votos, unos personales, otros colectivos, y otros que representaban más de uno. Suecia tenía tres, Brandeburgo cinco, y los condes inmediatos juntos, sólo tenían uno. En el siglo siguiente llegaban á ciento los príncipes que votaban, no por sus prerogativas personales como antiguamente, sino con arreglo á los territorios que poseían, á fin de que los emperadores no dispusiesen de demasiado número de votos, elevando á sus protegidos á Estados del Imperio. De éstos, los reyes de Dinamarca y de Suecia tenían un voto cada uno, siete el de Prusia, seis el de Inglaterra por el Hannover, y tres el archiduque de Austria. La nobleza inmediata ó caballeros del Imperio no formaban parte de la dieta, sino que dependían solamente del emperador. En el tercer colegio estaban comprendidas cincuenta y una ciudades imperiales divididas en dos bancos, el del Rin y el de Suabia; y después de haber sido tan poderosas en la Edad Media, habían decaído, y eran dominadas por la aristocracia. Cada uno de los tres colegios tenía asambleas distintas, y se decidían las cuestiones por mayoría de votos. Si sus resoluciones eran aprobadas (*placitum*), llegaban á ser decretos (*conclusum*) después de confirmadas por el emperador. Las deliberaciones de la dieta se tomaban por mayoría de votos.

Este orden no se observaba sino en las dietas generales presididas por el emperador. Cuando este reunió los Estados en Ratisbona para obtener subsidios contra los turcos, se negaron á adoptar un partido antes de que las cuestiones que habían quedado pendientes en el tratado de Westfalia hubiesen sido resueltas. Prolongándose la dieta se convirtió en asamblea representativa, compuesta de diputados de los diferentes órdenes, que tenían asiento veinte y cuatro días cada seis meses, y se hacían ellos mismos representar. Este fué un cambio esencial en la constitución; pues el emperador no pudo ya suspender, con pronunciar la disolución, las peligrosas discusiones, ni los diputados adoptar un partido cualquiera antes de haberle dado á conocer á sus comitentes. Convertida la dieta en permanente, no fué ya el gran consejo de la nación, sino un congreso de príncipes y Estados del Imperio. Temiendo los protestantes que los católicos no se entendiesen sobre proposiciones relativas á la religión, formaron un *cuerpo evangélico*, que deliberaba aparte sobre los intereses de sus correligionarios, lo que fué un nuevo medio de contrariar al emperador.

No creemos malo este atento cuidado á los intereses públicos, esta vigilancia contra amenazadoras usurpaciones, pero es fácil imaginar, con cuánta lentitud marcharían las decisiones, cómo dejarían el campo libre á las intrigas de las cortes extranjeras, é impedirían toda ojeada general. En efecto, el mismo año precisamente en que se hizo permanente la dieta, penetraron los turcos en Moravia, y aquella empleó un año en resolver acerca

del orden en las deliberaciones. El carácter de aquel cuerpo era una gran indolencia en los grandes asuntos, una gravedad pesada, una formalidad incansable en los asuntos pequeños, y una pretenciosa futilidad unida á una extrema impericia. Nada decimos de la eternidad de los procesos, de la que á veces dos generaciones de jueces no veían el fin. Con respecto á la frivolidad de los debates, bastará decir que se trataba con toda seriedad la cuestión de si el embajador de tal ó cual príncipe debía tener el sillón rojo, si la librea de sus criados debía semejarse á la de los electores, y cuántas *elocuteras* debían añadirse á sus títulos. Pretensiones insignificantes ocasionaban contiendas y hasta batallas, siempre en perjuicio de los débiles. Las envidias y las disensiones dividían interiormente el colegio de los electores del de los príncipes; en este último, los antiguos estaban en pugna con los nuevos; los miembros eclesiásticos con los seglares y con los obispos protestantes; los que gozaban del voto viril contra los que sólo le tenían curial, y el Cuerpo evangélico contra los católicos.

La dieta se arrogaba en el interior la autoridad legislativa, del mismo modo que dirigía en el exterior las intrigas diplomáticas. Los dos tribunales supremos de la Cámara imperial establecida en Wetzlar, cerca del emperador, resolvían las diferencias que surgían entre los Estados del Imperio, y podían aun en causas civiles reformar las sentencias de los príncipes que no disfrutaban del privilegio de *non appellando*. Sus derechos estaban reducidos á la nada; sin embargo, los pequeños Estados encontraban en las asambleas y en los tribunales protección contra las arbitrariedades de los vecinos poderosos, y los súbditos contra las de los señores. Pero cuando los gobiernos particulares oprimían á sus súbditos, éstos no podían esperar justicia, ni de la dieta de que eran miembros los usurpadores, ni de la cámara imperial, compuesta de jueces pagados por aquéllos.

La religión continuaba sirviendo de pretexto á excesos y violencias, en atención á que la tolerancia práctica aun no se conocía. Era difícil en las iglesias, que alternativamente servían á ambos cultos, impedir alguna falta de respeto; y para personas prevenidas la menor falta era un crimen. Si se trataba de los actos de los príncipes católicos, la envidia exageraba las consecuencias, denigraba las intenciones. ¡Ay del príncipe que abrazaba el catolicismo, como lo hizo el elector de Sajonia! La ciudad de Hamburgo se sublevó dos veces por una bagatela. En aquellas ocasiones se recurría á las grandes potencias, y resultaban embajadas, protocolos y amenazas.

Hermanos moravos.—Una nueva secta religiosa, la de los hermanos moravos, adquirió entonces su importancia. Salidos de la Bohemia, después de la batalla de Praga (1620), habían permanecido al principio ocultos. Juan Amos (1592-1671), apellidado Comenio, de la aldea en que había nacido, reunió en Lisa á sus correligionarios de los que

fué el último obispo. Su *Janua linguarum*, traducida á doce lenguas europeas (1631), sirvió mucho tiempo de manual para los elementos del latín. Después de él los moravos se dispersaron por la Lusacia, por Sajonia, por Franconia, donde fundaron aldeas; eran católicos en la apariencia, pero se reunían para comulgar bajo las dos especies.

Cansados de aquella oculta existencia y de la necesidad de fingir, levantaron la cabeza (1720); su jefe, Cristian David, pidió asilo á Nicolás Luis, conde de Zinzendorf, descendiente de una antigua familia austriaca, que después de haber estudiado en Halle, centro del pietismo, se había enamorado de la teosofía, y vivía en la alta Lusacia por espíritu de religión. Fundó con Federico de Walteville la orden del Grano de mostaza (*senskörnerorden*), con el objeto de enviar misioneros para la conversión de los paganos. Acogió á los moravos en la colonia de Herrnut, lo cual los hizo llamar después herrnutos. Habiendo visto surgir disensiones religiosas entre sus huéspedes, hizo cesar las controversias, y redactó estatutos cuyas disposiciones fundamentales son, que los regenerados (*die erweckten*) de Herrnut deben estar en continua amistad con sus hermanos y con todos los hijos de Dios, de cualquiera religión que sean, sin empeñar nunca controversias, y conservando la pureza, la sencillez, la gracia evangélica. El conde Luis deliberaba, con doce ancianos y con Walteville, sobre las cosas de interés común. Además de ciertas *vigilias*, los moravos pasaban toda la noche orando, y se reunían en *partidas* de dos ó cuatro hermanos y hermanas para hablar del alma; otras que se componían de veinte y cuatro miembros y á veces más, pasaban veinte y cuatro horas seguidas en oración, y renovaban las *agapas* de los primeros cristianos. En su protestantismo, que no hacía ninguna diferencia entre el luterano y el calvinista, el único dogma importante para ellos era el de la redención. Su sociedad no tenía otro jefe que el Redentor, que designaba á sus vicarios por la vía de la suerte.

Zinzendorf se hizo primero ordenar decano (*senior*) de todas las comunidades moravas; abandonó después esta dignidad para hacerse simple ministro luterano en la Pensilvania. Publicó varias obras para sus discípulos, y el lenguaje místico le pareció autorizar nuevos dogmas sobre la Trinidad y una claridad cínica sobre las relaciones de ambos sexos: resultó de esto, que su sociedad y él mismo fueron acusados de enormidades; pero las dos indagaciones que el gobierno sajón hizo con respecto á este asunto, no probaron nada vicioso. Agricultores, artesanos, llenos de finura y probos, los hermanos moravos viven bajo la regla de una estrecha disciplina, religiosa y civil, sin observar una verdadera comunidad de bienes; atribuyen gran importancia á la suerte, como expresión de la voluntad de Dios, hasta el punto de recurrir á ella para los casamientos

Se extendieron mucho por Alemania, Suiza, Holanda, América, y fueron á ejercer el apostolado á la Groenlandia y á la Laponia. Se hace, sobre todo, el elogio de la educación moral, que se daba en sus escuelas. Reunidos bajo la superioridad religiosa de jefes, á los cuales obedecen sin restricción, porque son mandados con justicia, viven en común en grandes establecimientos, donde cada uno ejerce un oficio, y el producto entra en una caja común. Sólo la edad es lo que constituye en ellos la única distinción: cada casa cuenta con varios *coros* de hombres, de mujeres, de viudas, de doncellas; los hijos se educan en común. La devoción á Jesús es su culto; la llaga de su costado es el símbolo que se espresa en todas partes; las doncellas son esposas del Redentor; y este misticismo estingue entre ellas los celos y las ambiciones, azotes de las demás sociedades.

Literatura.—El pensamiento adquirió vigor en Alemania, aplicándose á graves estudios; Kepler se determinó á escribir las leyes de la naturaleza; Othon Guerrick, á encontrar el vacío; Hevelio y Stahl, á estender las matemáticas y la química; Goldast, Conring, Schilter, Moldod, á dar luz á las antigüedades nacionales; Grocio, Leibnitz, Wolf y Thomasio, á fecundar los campos de la filosofía. Pero casi todos escribían en latín; los prosistas eran oscuros y bárbaros, pródigos en citas y alusiones estrañas á las conveniencias del estilo. Las numerosas academias que se habían formado, á imitación de las de Italia, favorecían un falso gusto de convención, más bien que contribuían á los progresos de una lengua nacional. La triste influencia de la reforma sobre la imaginación se dejaba conocer en la falta de poesía. Esa literatura ingénua, que no imaginó nunca llegar á ser ridícula, ha perecido: se ha reemplazado con una nueva, nacida de la crítica, que había crecido con ella, y que abandonando las grandes tradiciones de la Edad-Media, se hace calculadora, y aunque joven está ya arrugada. Muchos escritores la cultivaban, sobre todo en la Silesia; pero eran incapaces de crear, y creían que el único mérito consistía en seguir fielmente las huellas de otro. Antes de referirse á los antiguos recuerdos de su patria, dirigieron sus miradas hácia el parnaso griego y latino, cambiando en Pindo el Brochen, el Rin en Hipocrene, al emperador en Apolo; celebrando nuevos Martes, nuevos Mecenas, nuevos Alcides, cubriendo con pedazos de Horacio y de Píndaro su manto al estilo alemán, y haciendo bailar á las Horas, con la cabeza empolvada en rededor de un Febo vestido con un jubon y una peluca.

Entre la multitud mencionaremos á Pablo Schedius, que á la edad de veinte y dos años fué coronado poeta en Viena, y del cual la mayor parte de las composiciones en alabanza de los príncipes están escritas en latín; y á Pedro Danesio, cuyas canciones manifiestan imaginación, pero con trabas por los ejemplos de los antiguos; Rodolfo Weckerlin se permitió algunas innovaciones, sacándolas,

no de la naturaleza y de su talento, sino de los franceses y de los ingleses. «Si la poesía, decía, es la lengua de los dioses, el poeta que quiere escribir en un estilo pulido y elegante, puede hacer otra cosa mejor que imitar á los dioses de la tierra, es decir, á los grandes, á los sabios, á los príncipes y á los nobles.» En su consecuencia, escribía en la lengua de las cortes, no produciendo efecto en sus contemporáneos, y no consiguiendo formarse un nombre duradero. Jacobo Bald, autor de poesías latinas que Herder no se ha desdiseñado traducir al alemán, por el vigor con que deplora los males de la patria; Federico Spée, que hizo uso de la lengua nacional en cantos religiosos, que no se puede decir que carezcan de belleza, y Jacobo Masenio, profesor de Colonia, autor de un curso de retórica (*Poëstra eloquentiæ ligatæ*) y de composiciones de que hemos hablado cuando hemos tratado de Milton, pertenecen los tres á la Compañía de Jesús.

Pablo Flemming, Grifio y Opitz adquirieron un nombre mejor, y fueron los adornos de lo que se llama la *primera escuela de Silesia*. Pablo Flemming, sajón, había viajado mucho tiempo por Persia y Rusia, describió en sus canciones lo que había visto, con cierta vivacidad oriental, rara en una época en que la lengua fluctuaba entre el francés y el italiano; pero incurrió en los *conceptos*, enfermedad comun entonces á todas las literaturas de Europa. Algunos dramas que compuso, carecen de genio. Lohenstein, el Marini alemán, los compuso también y fué acusado de difuso por sus mismos compatriotas. Era discípulo de Andres Grifio, que empleó la verbosidad en hacer sátiras contra los oficiales, que después de la guerra de los Treinta Años tomaban el aire de matón; y como su maestro no evita las descripciones repugnantes desde que cree que pueden producir piedad ó terror, mezcla lo trivial á lo sublime, y cree que lo horrible es lo trágico y la declamación la magnificencia.

Martin Opitz, apellidado el padre de la poesía (1597-1689), debía mejor llamársele padre del estilo poético; semejante en efecto al Malherbe de los franceses, tenía poca invención, pero un gran sentimiento de estilo; atento á la corrección del lenguaje, pocas de sus expresiones han envejecido. Reveló á los alemanes en su *Prosodia* el poder de su idioma, el valor de las sílabas, la justa medida y la entonación. Variando estremadamente sus frases, todo lo dice con arte, y sin embargo con afectación, sin más defecto que sustituir demasiado la elocuencia de la forma á la osadía y á la inspiración. Sus panegiristas se limitan á alabar en él el poder de invención que le reconocen. Tradujo el *Daphnis*, de Rinuccini, y dió en Elena y París el primer drama musical que han tenido los alemanes, Betlem Gabor quiso tenerle por profesor en Weissemburgo; Ladislao de Polonia, por historiógrafo y secretario íntimo. El emperador Fernando le coronó con el laurel poético. Viajó mucho y murió de la peste en Dantzick. Citaremos entre sus innumerables imitadores, á los satíricos Juan

Guillermo Lauremberg y á Joaquin Rachel. El primero volvió á adoptar el bajo alemán, abandonado por los escritores, por prestarse mejor á la vivacidad de los golpes que dirigió á su siglo. El otro imitó á Juvenal y á Persio, pero más en su dureza incorrecta que en su vigor. Cristian Hoffmann pretendió formar una escuela aparte; pero mientras que Opitz se conservó alemán, él adoptó el estilo extranjero, imitando sobre todo á los italianos y exagerando los defectos del *Pastor Fido* en la traducción que dió.

Mientras que languidecía la literatura alemana, se elevaba próxima á ella la húngara, que produjo varios dramas, cuyos argumentos tomó de la historia de los antiguos reyes del país, ó de la mitología pagana; los poetas reverenciados del pueblo eran protegidos por los magnates.

En la *Zriniada*, poema épico bien concebido, uniendo Zrini la imaginación á la erudición, tuvo que luchar contra una lengua no acostumbrada aun al estilo elevado. No fué apreciado sino después de su muerte, y Lestry que cantó la batalla de Mohacz, procuró imitarle, pero sin igualarle.

Así es que la Alemamia, que desde la época de Carlomagno había sido la primera nación del mundo, descendió entonces al nivel de las demás: con frecuencia más bien humillada que victoriosa, débil en política, lenta en sus decisiones, el título imperial llegó á ser la herencia de una familia. Aun después de la conclusión de la paz, el emperador, la Suecia y el Hesse conservaron un ejército, que fué en aquel país la primera reunión de tropas permanentes. Fernando III vivió aun nueve años; pero en el estado de postración en que la guerra había dejado el país, no pudo mostrar otra virtud que la paciencia. Encontró á los húngaros constantemente opuestos á la idea de hacer hereditaria la corona de San Estéban, en la casa de Austria; sin embargo, les hizo elegir á Leopoldo (1655) su hijo; pero cuando se trató de obtenerle el título de rey de los romanos, le costó un increíble trabajo decidir la cuestión de ceremonial y precedencia entre los príncipes del Imperio, y murió antes de haberlo conseguido (1657).

Quince meses y medio permaneció el Imperio vacante, en atención á que Mazarino le solicitaba para Luis XIV; después cuando este ministro perdió toda esperanza, le ofreció, con tres millones de pensión, al elector de Baviera (1658). No habiendo querido nadie aceptarle, fué elegido Leopoldo, pero con una capitulación que disminuyendo sus poderes en ventaja de la Francia, le imponía restituir el Montferrato y la Saboya y no socorrer á los españoles, siendo depuesto si faltaba. La capitulación tuvo por complemento la liga que la Francia supo formar entre los príncipes, sin distinción de católicos y protestantes, con el pretexto de garantizar la paz de Westfalia, pero en efecto, para sujetar al Austria.

Luis XIV quiso mejor tratar separadamente con los príncipes que con la dieta, siempre tan lenta é

irresoluta, lo cual aumentó su importancia. Recibiendo y enviando embajadores, se consideraban como potencias independientes, hacían con Luis XIV tratados particulares, y algunos recibían pensiones: el elector de Sajonia veinte mil libras, el rey de Suecia cien mil, el elector de Maguncia diez mil; veinte mil libras más de regalos y collares de las órdenes se habían concedido á los diputados de los príncipes de Francfort, de tal manera que Luis XIV era el jefe real de la Alemamia.

Aquellas intrigas de la Francia no permitían esperar se sostuviese la paz. Leopoldo no podía por otra parte sostener la comparación con Luis XIV. Era un príncipe flemático, de toscos modales, muy puntilloso en el ceremonial é intolerante en religión; por lo demás, humilde, caritativo, de costumbres sin tacha, de una devoción minuciosa, y de una blandura que á veces dejaba impune el crimen. Estuvo bien inspirado al escluir de los tribunales el uso de la lengua latina, abolir las atroces penas del código Carolino, y dejar al príncipe Eugenio el cuidado de reformar las milicias. Era tan instruido en metafísica como en teología, y había querido hacerse jesuita; se gloriaba de hacer anagramas, inscripciones, epigramas; conocedor en cuadros y música, se ocupó también de alquimia y de astrología; favoreció las letras, ó mejor dicho, las Universidades: cuando se le reprendía su pro-

digalidad con los jesuitas, contestaba que valía más que serlo con cortesanas como Luis XIV.

Las circunstancias le hicieron, no obstante, desempeñar un papel importante en los acontecimientos de aquella época. Pero si Leopoldo, débil al principio, se encontró al fin de su reinado rival de Luis XIV, no lo debió á su mérito ni al de sus generales, sino á la nación que se había repuesto y reparado sus pérdidas. Añádase á esto que las alianzas entre los diferentes Estados y Luis XIV se habían contraído por temor al emperador, mas cesó este motivo desde que se conoció su timidez. Guillermo, elector de Brandeburgo, consiguió á despecho de Lobkowitz, consejero íntimo de Leopoldo, á quien el rey de Francia había sobornado, abrir los ojos á Leopoldo, é impidió que los franceses progresasen; venció á los suecos, sus aliados, y ocupó una buena parte de la Pomerania, con lo cual comenzó la grandeza de su casa.

La espada del modenés Montecuculi fué muy útil á Leopoldo; el gran mérito de este general consiste en no haberse abandonado al ardor del campo de batalla, y en haber, por el contrario, examinado, inventado, contemporizado, empleando con economía fuerzas poco numerosas; lo cual era el único medio de reponer al Austria.

Pero ya debemos dirigir nuestra atención sobre Turquía y sobre las últimas empresas con que entonces asustó á la cristiandad.